



PLOTINO

—ACERCA DE LO UNO—

Por Agustín Balbontín

Toda esta exposición acerca de lo Uno aparece en primera instancia como un contrasentido, porque en realidad no es posible hablar de lo Uno tal como es.

Esta limitación de la mente respecto a la comprensión del Absoluto la encontramos expresada también en otras vertientes religiosas. Baste citar el Tao Tê King chino cuando establece que “*el Tao del cual se puede hablar no es el verdadero Tao*”, es decir, del verdadero Tao no es posible hablar.

Sin embargo, Plotino nos explicará magistralmente cómo es posible referirse a esta Realidad Suprema y el valor inmenso que estas reflexiones pueden llegar a tener para el alma.

Dice Plotino:

“Por eso dice de Él Platón que es inefable e indescriptible. Sin embargo, hablamos de él, escribimos acerca de él; mas es para excitar nuestra alma con nuestras discusiones y dirigirla hacia ese espectáculo divino, como quien enseña el camino a aquel que desea ir a ver un objeto. La enseñanza, en efecto,

llega hasta indicarnos el camino y a guiarnos por la senda; pero el conseguir la visión de Dios, ya es tarea propia del que ha deseado conseguir esa visión.” (Enéada VI, 9, 4)

Comparar con:

“Yo lo genero todo; todo de Mí procede. Los sabios que así lo comprenden, Me adoran con transportada emoción. Y llenos de gozosa alegría piensan totalmente en Mí, concentran su vida en Mí, hablan siempre de Mí y unos a otros se iluminan.” (Bhagavad Gîtâ, X, 8-9)

Cuando en el alma nace el recuerdo de su naturaleza divina comienza entonces a buscar el camino del retorno a la Unidad primigenia, al Padre único de todas las cosas.

A fin de contextualizar estas breves semblanzas acerca de lo Uno, volveré a exponer los aspectos esenciales de las enseñanzas de Plotino que ya presentara en un trabajo anterior.

Las Hipóstasis del Amor

La más notable enseñanza de Plotino es aquella de la emanación de las hipóstasis. La emanación es un desborde de Amor. Desde lo Uno, la Realidad Absoluta y perfecta que se encuentra más allá de todo conocimiento posible, desborda el Amor inconmensurable. Amor que es también Luz infinita y Belleza esencial desprovista de toda forma. Este Amor inconmensurable se manifiesta como una realidad ilimitada, como

una Vida sin fronteras, completamente indeterminada, una especie de Deseo original. Pero la realidad indeterminada de algún modo “recuerda” a ese Uno del que se ha alejado en su desbordar. Entonces, en un movimiento de conversión sobre sí misma, se vuelve hacia su principio y al hacerlo, se constituye como la Inteligencia (*nous*), como el primer Ser. Pero no logra contemplar al Primer Principio en su real naturaleza, sino que lo contempla en la Inteligencia misma, en la unidad-multiplicidad de todas las realidades inteligibles que constituyen su propio Ser.

Y el acto de contemplación de la Inteligencia produce la siguiente hipóstasis, el Alma del Mundo, y con ella todas las almas. Es el producto generado por el desborde del amor de la Inteligencia, porque para Plotino contemplar es producir (*poiesis*). La esencia de esa actividad o energía (*energeia*) es el Amor que prosigue su camino de desborde y posee la capacidad de generar, de producir, de crear.

El Alma del Mundo se desdobra y por su parte superior se mantiene en eterna contemplación de su principio luminoso, la Inteligencia, imagen de lo Uno. Esta Alma es capaz de contener a las Ideas, pero de un modo diferente al de la Inteligencia. El modo de conocer de la Inteligencia es la *noesis*, y se caracteriza por ser intuitivo, directo y no discursivo; el Alma contiene también en sí todas las Ideas, pero ya no como los arquetipos

(*typos*) que constituyen la unidad-multiplicidad de la Inteligencia, sino la imagen de ellos; cuando el Alma se vuelve sobre sí misma, sólo es capaz de conocerlos, y de ese modo conocerse a sí misma, a través de un tipo de conocimiento dianoético (*dianoia*), de carácter discursivo.

La parte superior del Alma permanece en eterna contemplación de su principio, la Inteligencia. Ahora bien, la otra parte del Alma denominada también Naturaleza (*physis*) se dirige hacia abajo; en su desborde de amor ya disminuido, alejado de lo Uno, engendra la materia y los cuerpos sensibles, y estos cuerpos sensibles es como si “cayeran” o se desprendieran del Alma. Están constituidos por materia y forma, pero la forma que lo constituye no es propiamente la Idea que forma parte del Alma misma, sino que es una imagen individualizada de esa Idea, una sombra. Esa parte del Alma vuelta hacia lo sensible o Naturaleza sólo tiene una vaga conciencia de sí misma.

Sólo recién entonces en este connubio entre Naturaleza y materia surgen la espacialidad y la temporalidad. Esta unión no tiene un lugar, ni un tiempo, como tampoco lo tienen ninguna de las emanaciones de las hipóstasis.

La materia no constituye un principio cortado de lo Uno y enfrentado a Él, sino que es el límite último de una realidad entendida como proceso vital que acaba cuando cesa el poder

productor. El mundo sensible, el más bello posible, regido por una Providencia, es un mixto de forma y materia.

Plotino denomina procesión (*proodos*) a este camino de descenso desde lo Uno hasta el mundo sensible. Todas las almas que existen, tanto el Alma universal como las demás almas proceden de la esencia una que es la Inteligencia. Sin embargo, el Alma universal no desciende al mundo sensible que engendra, sino que desde su posición vela por él.

Plotino nos enseña que el alma nunca se mezcla realmente con el cuerpo y para explicarnos esta relación utiliza como símil la luz presente en el aire, la cual jamás se mezcla con él. (IV, 3, 22).

Ahora bien, el Amor que inunda la parte superior del Alma que es un amor celeste, *Venus Urania*, encuentra también su reflejo en la Naturaleza y en los cuerpos que produce. Este amor reflejo es el amor terrestre, la *Venus Pandemos*. Este constituye la última extensión del desborde de Amor de lo Uno y dentro del orden del Universo, da lugar a la generación en los cuerpos.

Las almas por propia voluntad y al mismo tiempo conforme a la necesidad (en este nivel de la realidad, voluntad y necesidad son compatibles y coincidentes) se alejan de su principio y se acercan al cuerpo que está a su cuidado. Pero muchas almas en su afán de separación de su principio, en su audacia, debido

a su excesivo contacto con el cuerpo, olvidan su naturaleza divina. Dios en su Providencia ha hecho que los cuerpos humanos tengan una duración limitada.

La conversión: camino de retorno hacia Dios

El camino de la procesión es el mismo que en sentido inverso recorre el alma en su elevación hacia lo Uno y que Plotino nombra como el camino de la conversión del alma (*epistrophé*). El camino de la elevación nos conducirá a recordar y reconocer la verdadera naturaleza de nuestro ser, nuestra naturaleza inteligible y divina. De aquí que todo hombre está llamado a recorrer este camino, dado que en él se encuentran también los tres principios inteligibles. Estos constituyen el hombre interior, separado del mundo sensible.

Por consiguiente, el camino de retorno consiste en una elevación del alma desde el mundo sensible al mundo inteligible y desde allí al misterio insondable de lo Uno. Plotino señala las etapas que deberá seguir el alma:

“He aquí los grados que llevan hasta Dios: las purificaciones, las virtudes que ornan el alma, la elevación a lo inteligible, la edificación en lo inteligible, y luego el festín en que se nutre de néctar el que deviene a la vez espectador y espectáculo, sea para sí mismo, sea para los demás. Como ha devenido Esencia, Inteligencia, Animal universal, ya no considera

esas cosas como que son fuera de él; llegado a ese estado, se aproxima a Aquel que está inmediatamente por encima de todos los inteligibles y que esparce ya sobre ellos su esplendor. Deja entonces toda la ciencia que hasta ese punto le ha conducido: edificado en lo Bello, piensa, en tanto que no va más allá de la esencia en que se encuentra. Pero allí, alzado en cierto modo por el curso mismo de la inteligencia, y arrastrado por la ola que se hincha, ve de pronto, sin saber cómo.” (VI, 7, 36)

El filósofo es quien está naturalmente preparado para recorrer este camino. El filósofo está movido hacia lo alto, conserva sus alas, ya se encuentra en lo inteligible y está así despegado de lo inferior. Sin embargo, y a pesar de su natural disposición, “*como su marcha es incierta, sólo necesita un guía*” (I, 3,1), pues podría desviarse y no hallar el camino que lo conducirá al fin del viaje.

El filósofo pleno de virtudes ya ha completado la tarea de purificación de las emociones y de los sentidos y la reflexión dialéctica constituye el camino de purificación de la mente que lo llevará a la perfecta unidad.

La edificación en lo inteligible

En las sentencias del *Bhagavad Gîtâ* encontramos aspectos de *Brahman Nirguna* y *Brahman Saguna* que a primera vista

aparecen como contradictorios. Lo mismo hallamos en otros textos sagrados. Por ejemplo:

“...emanaron de Mí las cuatro castas. Reconócame por autor de ellas aunque esté inactivo y sea inagotable.” (Bhagavad Gîtâ IV, 13).

“Por doquiera tiene Aquel manos y pies, por doquiera ojos, cabezas y bocas. Todo lo oye, mora en el mundo y todo lo envuelve. Aunque carece de sentidos, brilla con todas las facultades sensitivas. De todo desligado, todo lo sostiene, y exento de cualidades, todas las reúne. Está fuera y dentro de todos los seres; a un tiempo es inmóvil y moviente; por Su tenuidad es imperceptible y a la par se halla próximo y lejano.” (Bhagavad Gîtâ XIII, 13-15)

Para alimentar la fe es necesario resolver estas aparentes contradicciones. Este trabajo forma parte del proceso de organización de la mente, del proceso interno de purificación del alma, que Plotino denomina la edificación en lo inteligible. La mente oscurecida semeja al opaco grafito, cuyas moléculas de carbono al ordenarse lo convierten en diáfano diamante de la mente edificada que permite el paso hacia nuestra conciencia de la luz del Amor Divino. Así nos dice Plotino:

“...todavía estáis alejados de Él, ...ya por falta de una enseñanza ... que os haya dado fe en las cosas divinas.” (VI, 9, 4)

De aquí el valor que da Plotino a estas reflexiones acerca de lo Uno.

Lo Uno, Principio Inefable

Lo Uno es verdaderamente incognoscible; la simplicidad absoluta de lo Uno escapa a toda aprehensión racional. Sin embargo, la vía racional de la inteligencia permite acceder a la necesidad de la existencia de lo Uno. La naturaleza imperfecta de la Inteligencia, que es doble, requiere necesariamente un principio que sea perfectamente simple y un bien que la pleneifique (III 8, 9). Pero aunque ella advierte que lo Uno *debe* existir, no puede sin embargo ir más allá, es incapaz de llegar a lo Uno tal como es en sí mismo. Lo Uno aparece así a la razón como el fundamento que permite explicar y valorar la naturaleza de los seres derivados.

Más allá de la razón, está también más allá de las palabras. No puede ser revelado a quien no ha tenido la felicidad de verlo por sí mismo (VI, 9,11). “*No se lo puede decir ni escribir*” (VI, 9, 4).

El carácter supraontológico y suprarracional de lo Uno, que lo hace en rigor inefable, obliga a referirse a él por vía negativa: no pudiendo decir lo que es, decimos lo que él no es, esto es, hablamos *negativamente* de Él. Pero al decir que no es esto o aquello estamos partiendo siempre de esto o de aquello, es de-

cir, para negarle un atributo, partimos siempre de las cosas inferiores que derivan de Él (V, 3, 14), es decir, hablamos *regresivamente* de Él. El Bien ha dado a la Inteligencia una huella de sí mismo, y es por esta huella que puede llegarse a concebirlo, a tener alguna noción de él (III, 8, 11). Podemos también hablar de Él valiéndonos de metáforas, tales como la del centro del círculo, la de un foco luminoso o la de una fuente que se da a los ríos permaneciendo en sí misma. Y aún podemos atribuirle predicados que pertenecen a lo inferior y que en rigor no le corresponden, recurriendo a un lenguaje incorrecto o restrictivo, anteponiendo a cada atributo un “como si” (*hoion*).

En (VI, 8) Plotino reúne todos los predicados noéticos que deben excluirse de lo Uno, en particular el pensamiento y el ser. En efecto, se dice que lo Uno está más allá del ser, más allá del pensamiento, que no piensa; ni se piensa a sí mismo ni piensa las otras cosas. Tampoco posee ninguna percepción ni conocimiento ni conciencia de sí mismo. Tampoco vive. Es inmóvil. A nada aspira, nada desea, puesto que está en la cima. No tiene necesidad ni de sí mismo ni de lo demás. Nada busca ni para ser, ni para ser el Bien.

Plotino conserva los predicados no noéticos: actividad, potencia, origen, pureza, simplicidad, primado, amor, independencia, autosuficiencia, voluntad, libertad, especialmente los dos últimos, que aunque metafóricos como los otros, son más

fuertes, ya que apuntan a la naturaleza absolutamente originaria de lo Uno representado positivamente. Remarca el carácter que podríamos llamar “energético”, es decir, de vida y actividad del primer principio. Estos predicados de existencia y actividad están aplicados restrictivamente a lo Uno, con un “como si”.

Pero lo Uno está también en relación con lo que le sigue. Para expresar esa relación y hacerla comprensible, Plotino se sirve de otra noción, que traslada a lo Uno restrictivamente: la noción de *dynamis*, de potencia. Lo Uno es absolutamente perfecto y es por eso que es *dynamis* primera, potencia productora de toda la realidad (V, 4, 1). Es plena potencia, sobreabundancia de potencia, potencia absoluta de todas las cosas, no porque las encierre potencialmente en sí mismo, no porque sea en potencia todas las cosas que después serán en acto, no en el sentido de ser principio germinal ni espermático, sino potencia en sentido activo, esto es, fuerza de producción. La fuerza de lo Uno es el poder de producir lo que quiere producir y lo que debe producir (VI 8, 21), y no puede producir lo contrario de lo que produce, pues la capacidad de producir un efecto contrario es una característica propia de lo que no es perfecto. La Inteligencia no es azar (*tykhe*), sino que es razón (*lógos*) y causa (*aitía*).

Lo Uno es verdaderamente incognoscible. No es posible enseñar la contemplación de lo Uno, pero se puede al menos en-

señar de algún modo la ruta que lleva a la contemplación (VI, 9, 4). Nos servimos de un lenguaje cuyas categorías no se aplican a lo Uno, con el sólo fin allanar el camino hacia Él. Pero todo discurso se volverá inútil para quien no está impulsado por el deseo de alcanzar lo Uno.

Conclusión

Todo este análisis es conducente a que la mente discursiva llegue a aceptar el carácter insondable de lo Uno, a aceptar su incapacidad de elevarse ella misma hasta su esencia incomprendible. A su vez, la reflexión sobre la naturaleza del alma la lleva a afirmar la posibilidad de que nuestra esencia más íntima pueda elevarse hasta Aquello. Esta reflexión libera el alma y despierta en ella el entusiasmo por realizar esta Divina Unidad, acrecienta la Fe de que su anhelo de infinito sin límites, de totalidad absoluta, de plenitud indescriptible, tiene un Glorioso Destino y de que en un acto de Amor infinito puede llegar a tocar a lo Uno (*epibolé*) y hacerse uno con Él. Ese entusiasmo del alma, ese anhelo de Infinito, esa nostalgia de lo Eterno nos viene de Dios mismo. Y este Amor que en último término nos lleva a su Presencia sólo puede provenir de de Él mismo.

Plotino nos dice que quien posee naturaleza filosófica tendrá que aprender ante todo las “disciplinas” (*mathémata*), los estudios previos a la dialéctica. La práctica de las virtudes ha

de acompañar siempre a tal aprendizaje. La reflexión dialéctica, de carácter dianoético, culmina en la Inteligencia, en el conocimiento noético intuitivo.

Es interesante notar aquí una cierta equivalencia con las enseñanzas de la *Advaita* cuando nos habla del discípulo preparado para lograr el Conocimiento Divino, el cual es comparable al filósofo de Plotino; los pasos hacia la autorrealización *Shravana*, *Manana* y *Nididhyasana* equivalen a la edificación en lo inteligible.

Y finalmente, nos dice Plotino que en este camino de elevación lo único que conduce más allá de la Inteligencia es un aspecto de la Inteligencia denominado “*Inteligencia Amante*” (*nous eron*) que brinda la visión de Dios y cuando esta visión ocurre, la Inteligencia contemplativa cesa de estar manifestada y sólo existe el Amor. Nótese que este Amor último del camino de retorno es comparable con el Amor primero que desborda de lo Uno. Ya no hay más sujeto y objeto, Amante y Amado se funden en una indescriptible unidad y soledad, algo equivalente a ese *Brahman* indio que es Existencia, Conciencia y Felicidad absolutas (*Sacchidananda*).

“...[el alma] ve súbitamente, sin saber cómo. Y al ver, al acercarse a la luz, no se limita a hacer que los ojos vean un objeto diferente de ella: el objeto que se ve es la luz misma. No hay entonces un objeto visto y una luz que la hace visible, así

como tampoco hay una inteligencia y un objeto pensado, sino una pura luz que engendra inteligencia y objeto, y les permite existir en un rango inferior” (VI, 7,36).

Todos los textos sagrados nos hablan de esta parusía (*parousía*: presencia), de esta visión divina, y nos enseñan que sólo el Amor nos puede llevar a ella. Por ejemplo:

“Sacrificios, Vedas, limosnas, buenas obras, ásperas austeridades y profundos estudios, no pudieron dar a hombre alguno la visión de esta Forma ...” (Bhagavad Gîtâ XI, 48)

“Sólo por devoción así es posible percibirme, y conocer y ver y penetrar Mi esencia...!” (Bhagavad Gîtâ XI, 54)

Para terminar cito el texto donde Plotino corona sus Enéadas con las palabras que nuestra Madre nos ha enseñado a amar y que en tantas ocasiones nos ha repetido:

“Tal es la vida de los dioses; tal es, asimismo, la de los hombres divinos y bienaventurados: desprendimiento de todas las cosas terrenales, desprecio de los terrenales deleites, fuga del alma hacia Dios, a quien ve sola y a solas.” (VI, 9, 11).

*Por el Prof. Agustín Balbontín
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*
